



DON PEDRO ARANDA.

Están todos los historiadores, conformes en que Elizondo fué un traidor que valiéndose de artificios hizo prisioneros á los primeros caudillos de la Independencia; pero ninguno ha dedicado su tiempo á averiguar hasta qué punto esa traición se vió ayudada por el descuido de los traicionados, ni la responsabilidad que en ella tuvieron, por no adoptar las precauciones que su condición de fugitivos exigía. A dilucidar en parte este punto, va encaminada la biografía que sigue.

Don Pedro de Aranda, nació en Comanja, pueblo de la jurisdicción de Lagos, y vivía dedicado á la agricultura en una pequeña hacienda de labor de su propiedad, denominada Penjamillo el Alto, cuando estalló la revolución de Dolores; uno de los numerosos agentes despachados por Hidalgo y Allende, el famoso Iriarte, lo decidió á que siguiese la causa de la insurrección, sin necesidad de hacerle muchas promesas, y mucho menos de intimidarlo como él pretende en su causa. Expedicionó por Zacatecas y San Luis, sin darse á conocer gran cosa, hasta que por la llegada del Mariscal Jiménez á esta última provincia, despachado por Allende para propegar la revolución en el Norte, quedó á las órdenes de aquel jefe. Asistió á la batalla de Aguanueva y toma del Saltillo, de donde Jiménez lo envió, con el carácter de Gobernador de Coahuila, á Monclova, capital de la provincia,

ordenándole á poco que reuniese los recursos necesarios para el transporte de bagajes que llevaban los caudillos.

No era hombre cruel ni cometió excesos de ninguna clase, como lo demuestra el hecho de haber ordenado que quitasen las esposas á los Gobernadores Salcedo y Herrera, que cayeron en su poder, y á quienes casi dejó en libertad; sin embargo, era afecto á la bebida y á las diversiones y de carácter algo débil, y en la hacienda de Aguanueva permitió que su tropa, formada en su mayoría por indios de Mexquitic, en los que tenía una gran confianza, empezasen á saquear las tiendas, exceso que impidieron los demás jefes, alguno de los cuales tuvo por esa causa una cuestión personal con Aranda, y dió á éste una bofetada. Desde el principio de su campaña mostró suma desconfianza de las tropas presidiales, que se habían unido á los insurgentes, y sin embargo, no adoptó precaución ninguna contra ellas, lo que dió por resultado que Elizondo, ayudado por esas tropas, lo hiciese prisionero en Monclova la noche del 17 de Marzo, mientras se encontraba en un baile, diversión á la que era muy afecto, y que se había organizado con objeto de distraerlo y de que no impidiese la contra-revolución que se preparaba.

Preso Aranda, asumió el Gobierno Herrera, quien despachó dos días después á Elizondo rumbo á Bajan. La ineptitud del primero hizo que se perdiese Monclova y con ella alguna tropa, artillería, etc., y sobre todo, que quedase cerrado el camino de la frontera á los caudillos de la Independencia, que avanzaban confiados en las seguridades que les daba Jiménez; éste, á su vez, descansaba en las que le dieron sus Tenientes, en la confianza personal que tenía en Aranda, y en la que por referencias tenía en Elizondo. Si Aranda hubiese tenido alguna precaución, en vez de perder el tiempo en francachelas, hubiera salido á expedicionar, al saber la contra-revolución de Béjar, y no habría caído tan tontamente en manos de Elizondo.

Conducido á Chihuahua con todos los demás presos, Aranda fué sentenciado á la

pérdida de todos sus bienes y á prisión por diez años en Encinillas, (Chihuahua), donde fué confinado, y murió algún tiempo después. Indudablemente que su buena conducta en Monclova y la circunstancia de no haber caído preso en Bajan, influyeron bastante en que se le perdonase la vida á este insurgente que con una poca de actividad y previsión pudo haber salvado la de los primeros caudillos de la Independencia.
